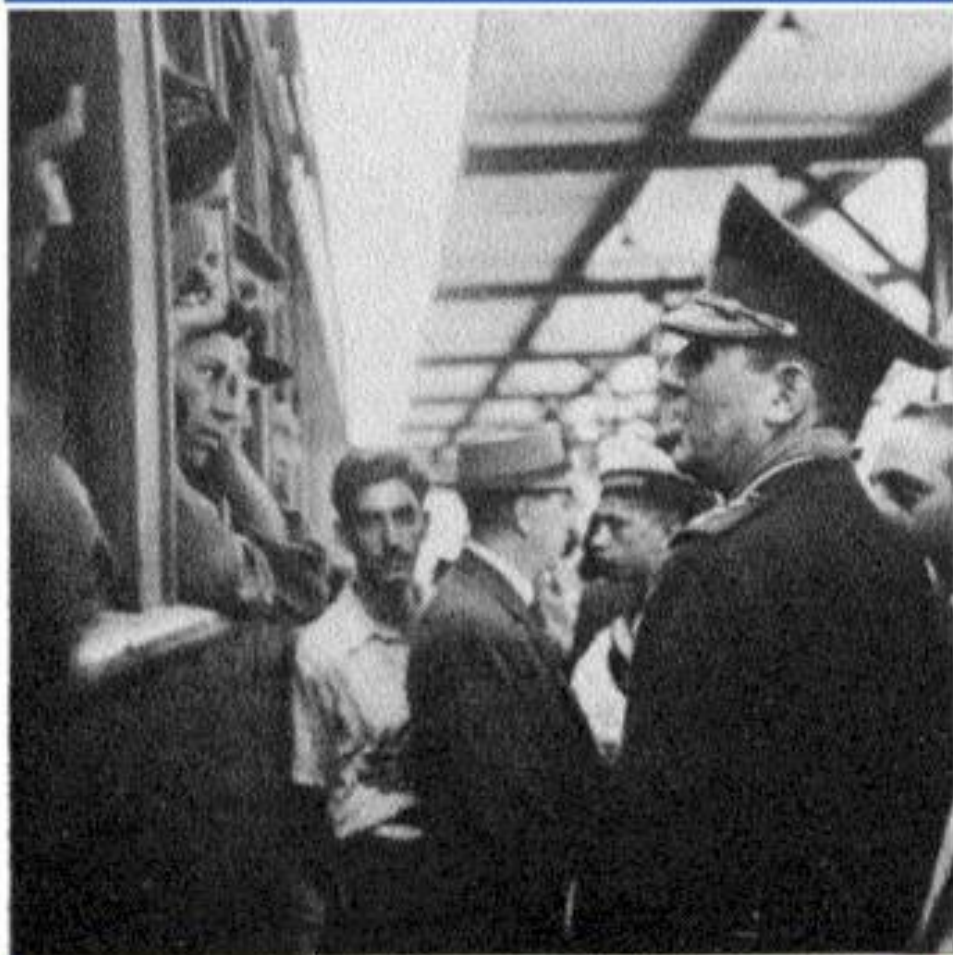


BIBLIOTECA ARGENTINA DE HISTORIA Y POLITICA

Rodolfo Puiggrós

**HISTORIA CRITICA  
DE LOS  
PARTIDOS POLITICOS  
ARGENTINOS (III)**



El último volumen de la *Historia crítica de los partidos políticos argentinos* tiene como centro el período que va desde el golpe de Estado que derribó al gobierno de Hipólito Yrigoyen hasta el ascenso del movimiento peronista. Era intención del autor continuar la obra con el estudio de los dos primeros gobiernos de Perón y del proceso que condujo a su derrocamiento, pero dicho propósito no llegó a concretarse, de modo que la misma se cierra con el examen de los acontecimientos que remataron en la jornada del 17 de octubre de 1945. Las categorías analíticas que Puiggrós había trazado en las anteriores secciones de esta *Historia crítica* son puestas al servicio de la explicación de las nuevas alternativas del proceso social argentino: el intento de restauración del orden conservador y la crisis del tradicional modelo liberal, los cambios en el marco económico y la penetración del capital monopolista, la oposición parlamentaria durante la década del treinta y sus insuficiencias, las limitaciones teóricas y políticas de los partidos de izquierda, las nuevas orientaciones de la clase trabajadora y la reconstitución del movimiento popular en torno al eje peronista.

## Índice de contenido

Cubierta

Historia crítica de los partidos políticos argentinos (III)

### CUARTA PARTE. LA DEMOCRACIA FRAUDULENTA

25. La época europeística
26. Bancarrota de la democracia postiza
27. En tiempos de la internacional comunista
28. El pacto Roca
29. El debate de las carnes
30. Impotencia del Poder Legislativo
31. El monopolio del transporte
32. La invasión de los monopolios
33. «El radicalismo al poder y Alvear a la presidencia»

### QUINTA PARTE. EL PERONISMO: SUS CAUSAS

34. El líder y la sociedad
35. El caso Peter
36. Poder militar y poder civil
37. El ejercito y el nacionalismo
38. Del 4 de junio al 17 de octubre

Sobre el autor

CUARTA PARTE

LA DEMOCRACIA FRAUDULENTA

## CAPÍTULO 25

### LA ÉPOCA EUROPEÍSTICA

Después de Aristóteles (384-322 a. C.) y de la derrota de los atenienses y tebanos por los macedonios en la batalla de Queronea (338 a. C.), la cultura griega se volvió herencia y como tal se extendió por el mundo sin agregar nada a sí misma en lo que de esencial le dieron sus creadores. Comenzó una época intermedia, llamada *helenística* o del *hellenismus* por el historiador alemán Johann Gustav Droysen (1808-1884), que duró hasta el amanecer del orden cristiano feudal.<sup>[1]</sup> Lo nuevo, lo que se incorporó a aquella herencia y la expurgó de sus costados naturalistas y materialistas para generar la síntesis del pensamiento teológico medieval, vino de afuera de la cultura griega, del fideísmo judío que al cristianizarse se hizo antijudío y reivindicó la igualdad espiritual de los hombres, hijos de un solo acto de creación divina y no divididos por naturaleza en esclavos y amos, como querían los filósofos de la Hélade.

Al denominar europeística a la época actual de Occidente (capitalista y socialista) estamos lejos de establecer una igualdad o comparación mecánica, puramente formal, con lo que fue la época helenística de los siglos (IV a. C.-VI d. C. aproximadamente, según nuestra tesis) de tránsito de la sociedad esclavista grecorromana al orden cristiano-feudal. Tan privada está de validez científica la teoría spengleriana del eterno retorno de los ciclos históricos como la concepción de Arnold J. Toynbee de un relativismo también retornista de la historia. Citamos, en particular, a los

autores de *La decadencia de Occidente* y *Estudio de la historia* por tratarse de dos eximios y muy representativos pensadores de la época *européistica* que valorizan al pasado como un todo completo y miran al futuro con escepticismo. Son escribanos que redactan el testamento de la historia. Superiores en extremo grado, por cierto, a los «hechólogos» o buscadores de «datos» al por mayor que venden al menudeo, como si bastara amontonar ladrillos para construir un edificio, Spengler y Toynbee se sienten atrapados y angustiados por una civilización que prosigue sus colosales conquistas en el campo de las ciencias físiconaturales, pero que no puede dar de sí misma un ser superior al hombre histórico que conocemos. Están alienados a la *européistica* y es ésa precisamente la alienación que nosotros, los de la periferia, debemos negar dialécticamente para realizarnos más allá de la herencia humana que hemos recibido.

Una conciencia más lúcida de la época *européistica* hallamos en el economista Keynes y en el filósofo Sartre.

La inglesa es de todas las burguesías la primera que comprendió que su reinado termina sobre la tierra, sin duda por haber sido también la primera que generó la revolución económica y técnica del capitalismo desde una concepción individualista y empiroracionalista totalizante. No es casual que Francis Bacon y Adam Smith fueran ingleses y que Karl Marx pensara principalmente en Inglaterra al escribir en Londres *El capital*. Tampoco lo es que los economistas y políticos más expresivos de Inglaterra contemporánea justifiquen y vean con resignación el desgranarse del Imperio, reconozcan la decadencia nacional y todo lo esperen de una nueva y no descubierta misión para su patria.

Al anunciar en 1926 el final del *laissez-faire*, John Maynard Keynes anunciaba no solamente el final del liberalismo económico y político, sino también la muerte del Imperio y el término de la misión civilizadora burguesa que Inglaterra había cumplido en los tres últimos siglos. Pero resignación no significó para él cruzarse de brazos. Amaba tan al extre-

mo y estaba tan alienado a las tradiciones del individualismo liberal de la burguesía inglesa que fuera de ellas, como los filósofos griegos fuera de la esclavitud, no concebía más que la caída de la civilización, el triunfo de una nueva barbarie. Su problema, el problema que lo laceró de un extremo a otro de su vida, era encontrar los medios y formas de salvar lo que pudiera salvarse y prolongar al máximo la vigencia de esa civilización desahuciada. Por eso permanecía inmerso en el presente, y no por falta de imaginación, sino por tenerla muy despierta, repudiaba los cálculos a largo plazo. Le angustiaba comprobar que «la provisión de aristócratas liberales se extingue» y que al ocupar las vacantes los hombres de negocios norteamericanos se aceleraba la marcha hacia la catástrofe del capitalismo. Conoció al presidente Wilson en la conferencia de Versalles y lo calificó del «mayor fraude de la tierra».<sup>[2]</sup>

Abandonó el *laissez-faire* a su pesar y sin entusiasmo, únicamente porque comprendió que ya no funcionaba. Aceptó y aconsejó, a disgusto, cierta intervención del Estado en la economía, al solo efecto de «ayudar a la iniciativa privada». Como sabía que el retorno ideal a la vieja Inglaterra del liberalismo económico era irrealizable —y, por otra parte, que en el pasado el *laissez-faire* de la iniciativa privada burguesa siempre contó con la ayuda del Estado capitalista— se conformó con una dosificada economía mixta y heteróclita, pues si la antigua nación imperial no tiene fuerzas para conservar o recuperar sus laureles, tampoco las tiene para un cambio revolucionario. A la obra teórica y práctica de Keynes puede aplicarse lo que dijo John Strachey de los primeros volúmenes de *Estudio de la historia* de Toynbee: «Un ensayo sobre la desesperación, mitigada tan sólo por los consuelos de la religión».<sup>[3]</sup> Pero ¿acaso no corresponde el mismo juicio a *El fin del Imperio*, *El capitalismo contemporáneo* y los restantes últimos libros del ex ministro laborista? ¿No ven todos ellos a Inglaterra como un

«nido de cisnes en un inmenso estanque»,<sup>[4]</sup> cisnes que agonizan en el atardecer de la época europeística?

También entró en crisis la razón del yo pensante cartesiano, la seguridad de que toda verdad y toda certeza objetiva descansan en la facultad humana de pensar, como única condición de la existencia. La obra de Jean-Paul Sartre es un sostenido esfuerzo intelectual encaminado a revitalizar esa filosofía típica del individualismo burgués, en una época en la cual el pensamiento solitario del yo, o de infinitos yo aislados, naufraga en el escepticismo o salta, al llegar al límite de sus posibilidades a la actividad exclusivamente práctica. El ateo Sartre admite que

«todo está permitido si Dios no existe, y por consiguiente, el hombre está solo y abandonado, puesto que no encuentra, ni en sí ni fuera de sí, una posibilidad a que agarrarse».<sup>[5]</sup>

Convierte, de tal modo, la desalienación de Dios en un vacío que sólo acierta a llenar de nuevo introduciendo a Dios. No logra salir de la cárcel existencial del yo (sustancia o cosa pensante) de Descartes y, en última instancia, hace de la naturaleza (sustancia o cosa extensa) la materia a la cual el hombre le impone su pensamiento dialéctico y de la cual, por sí misma y a través de la experiencia, no puede inducir leyes generales. De ahí sus vacilaciones y sus dudas, su fe y su desconfianza en el marxismo, su estar y no estar con el existencialismo, sus oscilaciones entre una dialéctica universal y una dialéctica del sujeto pensante ajena a la naturaleza, su querer y no querer la violencia, su desencuentro con Dios y su añoranza de Dios, su búsqueda de los caminos del futuro en los pueblos jóvenes y en las clases sociales no alienadas (o superficialmente alienadas) al racionalismo, al empirismo y al pragmatismo europeísticos y su defensa de la tradición occidental, su desgarramiento en presencia del mundo burgués que se derrumba. Se niega a ser simple heredero, pero su época le condena a ser nada más que el

usufructuario de una herencia. La sociedad de consumidores lo ahoga y él, cuya máxima ambición es transformar al mundo, tiene que reducirse a interpretarlo.

La generación de Sartre vivió la más trágica de las experiencias, peor que la muerte física, porque era la muerte de la esperanza. Las derechas le decían que preferían la derrota de Francia a conservar el aborrecido régimen democrático;<sup>[6]</sup> las izquierdas, enfermas de elefantiasis progresiva, le ofrecieron el paraíso creado al instante por una única revolución mundial, y después la reivindicación de la democracia putrefacta de la IV República. Maltrecha, castigada, humillada por la ocupación nazi y por una liberación que con todo su inmenso heroísmo le dejó el sabor amargo de haber sido la secuencia de la victoria de los nuevos centros del poder mundial, esa generación tampoco se sintió atraída y entusiasmada por el avatar del nacionalismo francés, que —si bien restituyó la economía, se deshizo del fardo costoso e irracional de Indochina y Argelia, y proyectó hacia el exterior la imagen de una nación soberana e independiente— mantiene intactas las estructuras sociales arcaicas bajo las leves pinceladas del neocapitalismo.

Sartre no podía formar escuela y no la formó. Si hay sartristas son admiradores incondicionales del maestro, no discípulos que lo superen desde él mismo. Unos comprenden que «la violencia es la partera de la historia» y no esperan ningún alumbramiento en el mundo europeístico; van en su busca en el otro mundo complejo y ardiente, donde florecen las guerrillas y la visión del futuro no se diluye en los libros, pues se concreta en la conquista del poder por las masas trabajadoras. Otros se sienten perdidos para siempre y recurren a cualquier receta alucinógena (filosófica, literaria o de las otras) para evadirse de la realidad.

«Sartre —escribe el joven filósofo Pierre Trotignon— desemboca en la violencia; nosotros partimos de ella. Con gran honestidad escribió en 1962: “Ustedes ven, yo también, que no puedo des-

prenderme de la ilusión subjetiva. Yo también digo: todo está perdido, a menos que..." y él agrega: "¿Curémonos? Si..." Hay que ir más lejos hoy: sabemos que no nos curaremos. El cáncer que devoró la libertad arruinando la perspectiva de Sartre al hacer desaparecer su objeto, nos lleva a la muerte... Hoy en día la sociedad occidental en su conjunto se pudre incluido el proletariado".[7]

«Incluido el proletariado». Esta afirmación es de una gravedad y de una importancia extremas. Pocas dudas hay de que la perspectiva de la evolución pacífica hacia el socialismo, en la visión pasatista de Eduard Bernstein, ha ganado a los actuales partidos comunistas europeos, y las pocas dudas no se disipan invocando tesis generales de Marx, Engels y Lenin acerca del papel del partido en la revolución, cuando es la auténtica vanguardia revolucionaria del proletariado. Se trata de una comprobación empírica que lleva a la conclusión de que, como sucedió en la II Internacional, una vez un partido en esa vía de evolución pacífica (legal, parlamentaria, democráticoburguesa) sus reservas revolucionarias se van agotando rápidamente y sin posibilidad de recuperación. Después de la Revolución Rusa se formaron en el occidente europeo, y en el resto del mundo, partidos comunistas que se proponían la conquista revolucionaria del poder, bajo el estímulo del leninismo y de la Tercera Internacional, es decir de una solidaridad internacional compacta y total, pero el contenido de esa solidaridad se fue desgastando hasta convertirse en una permanente adecuación al ritmo de la política exterior soviética. Partidos gigantes, como los de Italia y Francia, cambiaron su objetivo inicial de la conquista revolucionaria del poder por aquello que hasta la víspera más habían atacado en los partidos reformistas de la II Internacional: el electoralismo y el parlamentarismo en sí, a los que adoptaron como bases y puntos de partida hacia el socialismo. Pero Trotignon no se refiere, en particular a la «podredumbre» reformista de los partidos comunistas, pues de limitarla a ellos siempre que-

daría la esperanza de un renacimiento de la teoría y de la práctica revolucionarias por otras vías. Trotignon incluye al proletariado de la sociedad occidental en lo que se «pudre», vale decir que el viraje hacia el reformismo de los partidos comunistas sería la consecuencia y no la causa de la inercia del movimiento obrero. Y así arribamos a la pregunta obligada: ¿está el proletariado de la edad europeística occidental definitivamente perdido para la revolución y el socialismo? Una respuesta afirmativa contrariaría la tesis esencial del marxismoleninismo sobre la homogeneidad del proletariado mundial en su calidad de clase revolucionaria. Como, en rigor científico-dialéctico, corresponde inducir la conciencia del proletariado inmerso en la edad europeística del análisis de su situación particular concreta y no del uso oportunista-idealista del marxismoleninismo para cubrir los firuletes teóricos y tácticos, quedan dos posibilidades:

- a. que el proletariado occidental sea absorbido por el europeísmo (su aburguesamiento o una estabilización de las clases al nivel medio, según la hipótesis de Bernstein, la cual, en definitiva, tendría que ser compartida por todos los que, tanto en el capitalismo como en el socialismo, entran en el proceso de la evolución y de la coexistencia pacíficas), o
- b. que el proletariado occidental salga del europeísmo no por sí mismo, sino a remolque de la acción revolucionaria del proletariado de las zonas atrasadas del planeta.

Obsérvese que, tanto en uno como en otro caso, se descarta una tercera posibilidad: la de que el proletariado de la época y de las regiones europeísticas retome, por sí mismo, la senda revolucionaria.

Lenin descubrió, en su tiempo, que la homogeneidad revolucionaria del proletariado de las potencias capitalistas no era tan absoluta como se suponía, pues las superganancias

cias del imperialismo permitían instaurar una «aristocracia obrera» por naturaleza evolucionista y pacifista, enemiga de los cambios revolucionarios. Esa «aristocracia obrera» ha persistido y se ha desarrollado en los sindicatos y en los partidos de izquierda, incluido el Partido Comunista con sus funcionarios bien rentados (que invocan el Qué hacer de Lenin para justificar, en condiciones que no son las del zarismo, la vida cómoda de jubilados de una revolución que no hicieron) y convertidos a la evolución y a la coexistencia pacíficas. No se ha desarrollado esa «aristocracia obrera» sólo en función de las superganancias del imperialismo pues en las últimas décadas se han desgranado los imperios, sino también, y sobre todo, de la mayor productividad y de los éxitos de las luchas obreras por obtener una participación creciente en el ingreso nacional. Esto quiere decir que los partidos comunistas terminaron por darle la razón a Eduard Bernstein, su enemigo jurado de tiempos que ya no recuerdan, cuando aseguraba que el socialismo debía concretarse a la conquista de reivindicaciones inmediatas y renunciar a la revolución, lo que significa colocarse en la posición hedonista del consumidor (inclusive del obrero como consumidor y no como productor de riquezas) y olvidarse de una nueva sociedad y de un hombre superior. Tal es la filosofía de la decadencia, en la etapa europeística. Quien se concentra en el consumo no piensa en el futuro, pues el futuro siempre se conquista con el dolor-placer del sacrificio. De ahí que la crisis de la actitud del hombre actual frente a la sociedad y a la vida no se circunscriba al régimen capitalista, sino que se extienda a aquellos sectores donde la civilización científica y tecnocrática se coloca a sí misma como objetivo y desprecia los valores que implican la superación de la especie humana.

Es un lugar común de las críticas al marxismo-leninismo destacar que la experiencia histórica de este siglo desmintió la ley, enunciada por Marx y reconocida por Lenin, de la pauperización creciente de la clase obrera a medida que se

desarrolla en el otro polo social la acumulación capitalista. Los profesionales del dogmatismo no favorecen al marxismo-leninismo al pretender demostrar lo contrario, o sea que esa ley se cumple por la sola razón que Marx fue su autor y no se equivocó jamás. Basta usar los ojos para ver que, principalmente en los países del área europeística, la mayoría de los obreros vive en condiciones incomparablemente mejores que hace un siglo, además de tener acceso a bienes y servicios sociales antes desconocidos. Pero Marx mismo se anticipó a aquellas críticas, y también a la deleznable defensa del fanatismo que siempre acompaña a la ignorancia. Escribió en *El capital* sobre este tema:

«Y finalmente, cuanto más crecen la miseria dentro de la clase obrera y el ejército industrial de reserva, más crece también el pauperismo oficial. *Tal es la ley general, absoluta, de la acumulación capitalista. Una ley que, como todas las demás, se ve modificada en su aplicación por una serie de circunstancias que no interesa analizar aquí.*»<sup>[8]</sup>

La «serie de circunstancias» que ya en tiempos de Marx comenzaba a modificar la tendencia del capitalismo a la pauperización creciente, y que él constató, ha ido pesando día a día más en el sentido de acrecentar los ingresos y elevar la situación social de los trabajadores urbanos y rurales de los países europeísticos. Librado a sí mismo, en pleno reinado del *laissez-faire*, el capitalismo habría cumplido la ley de la pauperización creciente del proletariado, pero las luchas de éste por el mejoramiento de sus condiciones de existencia, a través de sindicatos y partidos, fueron las «circunstancias» que lo salvaron de caer en los extremos de una pobreza generalizada.

Lenin previó que la «serie de circunstancias» tendría efectos contradictorios en la clase obrera. Por un lado, le aseguraba mayor parte en la distribución de los ingresos; y, por el otro lado, apagaba su conciencia revolucionaria, la hacía conformista y cerraba el paso al socialismo. Por eso

combatió con tanta energía al reformismo y al economismo tradeunionista.

En las zonas periféricas, donde la época europeística se proyectó desde arriba mediante la penetración del imperia-  
lismo, el cual no logró asimilar a aquéllas en profundidad a su propio modo de vida, la situación es distinta. Señala Gunnar Myrdal:

«Más de las dos terceras partes de la población del mundo tío soviético vive en países en donde el ingreso real por persona es tan sólo una pequeña fracción del de los países desarrollados, y de hecho es bastante inferior al que ya habrían alcanzado estos últimos antes de que comenzaran a desarrollarse rápidamente hace un siglo o más [...] En las últimas décadas las desigualdades entre los países desarrollados y los subdesarrollados han ido en aumento [...] En los países pobres individualmente considerados, no ha tenido lugar el proceso tendiente a la igualdad que experimentan actualmente los países ricos. La mayoría de los países más pobres han conservado las mismas desigualdades entre individuos, clases sociales y regiones que han existido siempre, y en muchos de ellos continúan aumentando esas desigualdades [...] La pobreza se transforma en su propia causa».

Y cita el siguiente apotegma de San Mateo:

«Porque al que tiene se le dará y abundará; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará».<sup>[9]</sup>

Myrdal, ex secretario de la ONU en Europa, y el bíblico San Mateo coinciden con la versión marxista de la ley de la pauperización creciente. En los países donde esta ley se manifiesta con mayor evidencia, la «serie de circunstancias» se da en grado embrionario, o no se da en absoluto, de tal modo que no queda otra salida que la destrucción del orden establecido. ¿Puede extrañar que en esos países el reformismo —y sus corolarios: la evolución y la coexistencia pacíficas— goce de escasas simpatías y, en cambio, madure la conciencia revolucionaria? La insistencia de las izquierdas

reformistas en uniformar a la humanidad, bajo los patrones de la época europeística, tropieza en esos países con resistencias invencibles a la contaminación de los virus de la decadencia.

Otro tema de controversia, cuyo análisis contribuye a esclarecer el carácter de la actual etapa histórica, es el de la *crisis general del capitalismo*. También aquí los críticos del marxismo-leninismo niegan que los hechos confirmen la existencia de tal crisis.

La idea se acuñó en los años que siguieron a la Revolución Rusa, después de la primera guerra interimperialista. Se le dio, al principio, un sentido catastrófico que correspondía a la creencia en la revolución mundial a corto plazo. El capitalismo se despedazaría minado por sus antagonismos internos, y los obreros y campesinos conquistarían *todo el poder para los soviets*. Esta consigna cubrió el planeta.<sup>[10]</sup> Un ciego determinismo empujaría a la burguesía al precipicio, mientras la conciencia y la lucha del proletariado de todos los países, aliado a los campesinos y dirigido por su vanguardia comunista, instauraría el nuevo orden social. Pronto, como en el caso de la pauperización creciente, una «serie de circunstancias» modificó el cuadro previsto.

Ante todo, la burguesía, en particular la de las potencias imperiales, defraudó a quienes esperaban que fuera juguete de un ciego determinismo. Durante el período 1918-1929 consiguió estabilizar sus posiciones deterioradas por la ola de revoluciones, a comenzar por la triunfante en Rusia, de las postrimerías de la Primera Guerra Mundial. La década del 20 se inició con el descenso de la marea revolucionaria en Europa Occidental. La breve e intensa crisis de los años 1920-1921 no afectó el poder de la burguesía. Con la toma del poder por el fascismo en Italia (1922) y las derrotas de las insurrecciones en Alemania y Bulgaria (1923) se demostró que el derrumbe del capitalismo no estaba al alcance de la mano, como se pensaba poco antes. Los Estados Unidos se convirtieron en la más importante potencia